

7. EN SINTONÍA CON EL KOSMOS

P: Debemos prestar mucha atención para llegar a escuchar las cuatro voces distintas de la verdad.

KW: La verdad, hablando en un sentido amplio, implica estar *sintonizado* con lo real, es decir, estar realmente en contacto con lo verdadero, con lo bueno y con lo bello.

Y eso también supone que podemos estar alejados de lo real, que podemos estar perdidos, oscurecidos, confundidos o equivocados en nuestras valoraciones, que podemos, en suma, estar alejados de lo verdadero, alejados de lo bueno y alejados de lo bello.

A lo largo de su evolución, el ser humano ha ido descubriendo, a través de un doloroso proceso de acierto y error, las distintas formas de comprobar nuestro grado de sintonía con el Kosmos, las distintas formas de saber si estamos en contacto con la verdad o extraviados en la falsedad, si estamos respetando la bondad o si la estamos eclipsando, si estamos alentando la belleza o, por el contrario, fomentando la fealdad.

La humanidad, en otras palabras, ha trabajado muy duro para poder llegar a establecer las *pruebas de validez* que pueden ayudarnos a determinar si estamos en contacto con lo real, si estamos adecuadamente sintonizados con toda la fecunda diversidad del Kosmos.

P: ¿Y cuáles son estas pruebas de validez?

KW: Las pruebas de validez son las formas en que nos conectamos con el Espíritu, las formas en que nos sintonizamos con el

Kosmos. Las pruebas de validez nos obligan a hacer frente a la realidad, ellas ponen freno a nuestras fantasías egoicas y a nuestro egocentrismo, ellas exigen la evidencia del resto del Kosmos -¡obligándonos, por así decirlo, desde el exterior!-, son los contrapesos, por así decirlo, encargados de equilibrar el Kosmos.

P: Tal vez pudiéramos revisar los cuatro cuadrantes y resumir brevemente cuáles son esas cuatro verdades y cuáles las pruebas que se utilizan para determinar su validez.

KW: Son las que enumeramos en la Figura 7. 1. ¡Y después de nuestra revisión, le prometo que resumiremos todo esto de manera muy sencilla!

La verdad proposicional

P: ¿Existe alguna definición sencilla de «verdad»?

KW: La mayor parte de las personas consideran que la verdad es representacional, es decir, que constituye una especie de mapa que se corresponde con algún tipo de territorio. En este sentido, puedo formular una determinada afirmación, una *proposición* que se refiera o represente algo del mundo concreto - «fuera está lloviendo», por ejemplo-, y, si usted quiere comprobar la validez o «el estatus de verdad» de mi afirmación, saldrá al exterior y verá si efectivamente llueve o no. Y, en el caso de que realmente esté lloviendo, concluirá que mi afirmación es una afirmación verdadera.

P: O una proposición verdadera.

KW: Así es. Se trata de un proceso de correspondencia simple. Salir al exterior para comprobar si la proposición *se corresponde* o se ajusta a los hechos y confirmar, de ese modo, si el mapa refleja adecuadamente el territorio. (Habitualmente las cosas son más complejas y el asunto no consiste tanto en verificar el mapa como en tratar de falsarlo y, en el caso de no conseguirlo, concluir que es lo suficientemente exacto.) Pero la idea esencial es que las verdades representacionales, o proposicionales, se

refieren a un *estado objetivo de cosas* y se corresponden de manera bastante precisa con esos procesos, objetos o asuntos.

P: De modo que la verdad proposicional está estrechamente ligada a las dimensiones exteriores objetivas propias de la Mano Derecha.

KW: En efecto. Los cuadrantes superior derecho e inferior derecho se refieren al aspecto observable, empírico y externo de los holones. Todos ellos tienen una *localización simple*, todos pueden ser vistos fácilmente y es por ello que las verdades proposicionales son las que relacionan nuestras afirmaciones con esos procesos, con esos objetos o con esos asuntos. (Ésta es la llamada teoría correlacional de la verdad.)

	INTERIOR Caminos de la Mano Izquierda SUBJETIVO	EXTERIOR Caminos de la Mano Derecha OBJETIVO
INDIVIDUAL	<i>veracidad</i> <i>sinceridad</i> <i>integridad</i> <i>honradez</i>	<i>verdad</i> <i>correspondencia</i> <i>representación</i> <i>proposicional</i>
	Yo	ello
	nosotros	ello
COLECTIVA	<i>rectitud</i> <i>ajuste cultural</i> <i>comprensión mutua</i> <i>justicia</i> INTERSUBJETIVO	<i>ajuste funcional</i> <i>red de la teoría sistémica</i> <i>funcionalismo estructural</i> <i>tejido del sistema social</i> INTEROBJETIVO

Figura 7. 1. Criterios de validez

Y todo esto está muy bien y es muy importante y en modo alguno niego la validez general de la representación empírica. Lo único que ocurre es que ésta no es la totalidad de la historia... ni siquiera su parte más interesante.

Veracidad

P: De modo que un determinado estado objetivo de cosas -el cerebro, los planetas, los organismos o los ecosistemas- puede ser adecuadamente representado mediante el cartografiado empírico. Y todos los mapas empíricos pueden ser considerados como versiones diferentes de la afirmación «fuera está lloviendo», es decir, proposiciones objetivas.

KW: Sí. Pero si prestamos atención al cuadrante superior izquierdo -a la *interioridad* de cualquier holón individual- nos encontraremos con un tipo de prueba de validez completamente diferente. Aquí ya no se trata de saber si fuera está lloviendo sino de saber si estoy diciéndole la verdad o estoy mintiéndole. No se trata, pues, de verificar si el mapa se ajusta al territorio objetivo sino de si es posible confiar en el cartógrafo.

Y tampoco se trata tanto de verdades objetivas como de verdades interiores. Quiero decir que usted siempre puede salir al exterior y verificar por sí mismo si llueve o si no llueve, pero que la *única* posibilidad de que dispone para conocer mi interioridad, **mi** profundidad, es -como hemos dicho en el capítulo anterior- preguntarme, *hablar* conmigo. Porque, cuando yo le hablo de mi estado interno, puedo decirle la verdad, pero también *puedo estar mintiéndole* (puedo ocultarle información, distorsionarla o engañarle, mentirle en suma), y el diálogo y la interpretación es la única vía a través de la cual puede usted conocer mi interior.

Así que para navegar adecuadamente por el océano de la Mano Derecha deberemos utilizar el criterio de la verdad proposicional -de la «verdad», para abreviar-, mientras que para hacerlo por el de la Mano Izquierda tendremos que usar el criterio

de la *veracidad*, de la sinceridad, de la honestidad y de la honradez. No se trata, pues, tanto de la *verdad objetiva* como de la *veracidad subjetiva*, dos criterios, de hecho, completamente diferentes.

P: ¿Dos criterios de validez diferentes?

KW: En efecto. Y ésta no es una cuestión trivial porque los eventos interiores no poseen una localización simple sino que están *ubicados* en estados de conciencia y, como ya hemos visto, para acceder a ellos no basta con la mirada monológica sino que es necesario recurrir a la comunicación y a la interpretación.

Y, en esta comunicación, *yo puedo mentirle intencionadamente*. Por razones muy diversas, yo puedo tratar de falsear mi interioridad, puedo tratar de mostrarle algo distinto a lo que es, puedo, por decirlo así, arrojar las dimensiones de la Mano Izquierda contra el muro del engaño, puedo, en suma, mentirle.

Pero además -y esto es realmente esencial-, también puedo mentirme a mí mismo, también puedo tratar de ocultarme facetas diferentes de mi propia interioridad. Y tanto si lo hago de manera intencional como si lo hago de manera «inconsciente», *falsearé mi profundidad* y mentiré sobre mi interioridad.

En cierto modo, el «inconsciente» es el locus de todas las formas en que me he mentido a mí mismo. Tal vez haya comenzado a mentirme a causa de algún trauma, quizás lo haya aprendido de mis padres y hasta es posible que se trate de un mecanismo de defensa ante una verdad muy dolorosa. En cualquiera de los casos, sin embargo, mi inconsciente es el locus de mi insinceridad, de mi falta de veracidad conmigo mismo, de mi falta de franqueza con respecto a mi profundidad subjetiva, a mi estatus interior, a mis deseos y a mis intenciones profundas. El inconsciente, por decirlo de otro modo, es el locus de la mentira.

P: Cuando anteriormente hablábamos del psicoanálisis y de las terapias interpretativas usted ha señalado que su objetivo era el de ofrecernos interpretaciones más veraces.

KW: De eso precisamente estamos hablando ahora. El objetivo de la «psicología profunda» y de la terapia consiste en ayudar

a la gente *a interpretarse* a sí mismos más *verazmente*. La Mano Izquierda requiere de la interpretación y no resulta, por ello, sorprendente que su criterio terapéutico fundamental sea la interpretación más veraz y más adecuada.

Anteriormente hablábamos de la «tristeza» y del «enojo» por la ausencia de mi padre y decíamos que tal vez, en algún momento temprano de mi vida, comencé a interpretar mi enfado como depresión. Quizás estaba enojado con mi padre por no estar presente, pero esa rabia, no obstante, era muy peligrosa para un niño porque podría haberme llevado a matar a mi padre y, como yo quena a mi padre, fue mejor no experimentar esa rabia. Ésa es la causa de que me enoje y me culpe a mí mismo, así es como concluyo que soy un ser despreciable, que no soy bueno, que soy una mierda, con lo cual mi enojo termina transformándose en depresión.

De una forma u otra, he terminado tergiversando mi interior, he distorsionado mi profundidad, he comenzado a llamar «tristeza» al enfado y he llevado conmigo esta mentira. El hecho de no poder ser sincero conmigo mismo -porque eso conllevaría el gran dolor de querer matar al padre a quien amo - me obliga a mentir y, al hacerlo, mi «sombra», mi «inconsciente» se convierte en el locus de la mentira, en el punto focal de mi insinceridad, en el escondrijo interno en el que me escondo de mí mismo.

Pero, al mentirme a mí mismo -y olvidar luego esa mentira-, le miento también a usted sin saberlo siquiera. Podré parecer muy sincero porque, de hecho, si me he mentido a mí mismo terminaré creyendo honestamente que le estoy diciendo la verdad; tan sincero, de hecho, que, si me somete a la prueba de un detector de mentiras, éste ratificará que le estoy diciendo la verdad (esto es, por cierto, lo que ocurre con muchas de las pruebas empíricas).

Finalmente, el hecho de haber interpretado erróneamente mi profundidad me llevará a interpretar incorrectamente la suya. Al distanciarme de mi profundidad -al disociarme, reprimir o alienar- *distorsionaré también las interpretaciones* de esa profun-

dididad tanto *en mí mismo* como en *los demás* y mis interpretaciones estarán sujetas con mentiras y morarán en la insinceridad. Al malinterpretarme a mí mismo no me quedará más remedio que malinterpretarle a usted.

En tal caso, es muy probable que, de uno u otro modo, usted termine advirtiéndolo. Tal vez yo diga algo tan disparatado que usted tenga que responder «¡Pero no es eso lo que yo quiero decir!», mientras piensa: «¿De dónde habrá sacado *tal cosa?*».

P: De modo que las distintas terapias interpretativas, como el psicoanálisis, la gestalt o el análisis junguiano, por ejemplo, le ayudarán a volver a establecer el contacto con sus profundidades y a interpretarlas más adecuadamente.

KW: Exactamente. La idea no es elaborar un plano más exacto del mundo objetivo sino eliminar las resistencias, permitirle adentrarse en sus profundidades interiores y aprender a expresarlas más verazmente, tanto a los demás como -lo que es más importante - a usted mismo.

De este modo, su *profundidad* comenzará entonces a ajustarse a su *conducta* y no existirá tanta diferencia entre sus palabras y sus acciones; es decir, su izquierda comenzará a adaptarse a su derecha, «su palabra comenzará a ajustarse a su paso» y su Mano Izquierda empezará a saber lo que está haciendo su Mano Derecha. Y a eso es precisamente a lo que nos referimos cuando hablamos de una persona íntegra, el tipo de persona que usted sabe que no le miente porque tampoco se miente a sí misma.

Obviamente, si usted vive en el mundo del técnico de laboratorio -del empirista, del conductista, del teórico de sistemas, del escurridizo cibernético, de la locura monológica, en suma-, sólo estará interesado en verdades monológica, en superficies objetivas, en conductas empíricas, en redes de sistemas, y no prestará atención a la profundidad, la sinceridad y la veracidad interna. ¡De hecho, no hay nada en los mapas empíricos que se asemeje -aunque sólo sea vagamente - a la veracidad!

Así pues, la veracidad carece de localización simple y, al no tratarse de un estado de cosas meramente empírico, tampoco apa-

rece en ninguno de los mapas empíricos (en los mapas de los físicos, de los biólogos, de los neurólogos, de los sistémicos o en los de los ecosistémicos). ¡Porque no se trata de una cuestión de la Mano Derecha sino de la Mano Izquierda!

Su vida entera, su conciencia, su profundidad, en fin, radican en su Mano Izquierda y, si usted quiere vivir esa profundidad, deberá reconocerla en sí mismo a través de la veracidad, la sinceridad y la honradez.

El camino a la profundidad se halla bloqueado por el engaño y la mentira. Es por ello que, en el momento en que usted quiera adentrarse en la *interioridad*, deberá superar el principal obstáculo que se levanta en su camino, el engaño y la mentira.

Es la veracidad, a fin de cuentas, la que nos permite navegar por ese dominio, y es con ella, precisamente, con la que trabajan todas las terapias de la Mano Izquierda buscando interpretaciones más veraces de mi propia profundidad interna.

P: No obstante, las diferentes terapias interpretan las cosas de manera diferente.

KW: Sí y ése es el tema de una larga discusión. Se podría decir que las diferentes terapias interpretativas difieren en la profundidad que quieren sondear o, dicho de otro modo, en la altura que pretenden alcanzar. El cuadrante superior izquierdo es, como hemos dicho, un *espectro de la conciencia*, un espectro de los diferentes niveles de evolución de la conciencia. Y las diferentes terapias apuntan a diferentes niveles del espectro, centrando su interpretación en alguno de ellos.

Como decíamos anteriormente, toda interpretación está *ligada al contexto* y las diferentes terapias se mueven en torno a un determinado contexto preferido desde el que llevan a cabo sus interpretaciones, lo cual no significa, por cierto, que estén equivocadas sino tan sólo que debemos identificar cuál es ese contexto, que tenemos que contextualizar sus interpretaciones.

Los freudianos, por ejemplo, centran su atención en el nivel emocional-sexual, los terapeutas cognitivos enfatizan el nivel verbal y los terapeutas transpersonales hacen hincapié en lo espi-

ritual. Todos ellos, sin embargo, hacen frente a las distorsiones, las mentiras y los engaños con los que nos ocultamos a nosotros mismos determinados aspectos de esas distintas dimensiones, mentiras y distorsiones que oscurecen nuestras emociones, merman nuestra autoestima y enturbian nuestra esencia espiritual.

P: De este modo es posible diseñar un modelo espectral global que incluyera a todos los niveles del espectro de la conciencia y a las terapias más adecuadas a cada nivel.

KW: Así es. Ésa es una de las funciones de un modelo espectral, un modelo en el que -como veremos en la Segunda Parte- están trabajando actualmente muchos investigadores. (Quienes estén interesados en este tema pueden leer *Trascender el Ego*, una excelente introducción escrita por Roger Walsh y Frances Vaughan.)

Quisiera subrayar que, si las despojamos de su unilateralidad y de su exclusividad, todas las terapias interpretativas de la Mano Izquierda tienen muchas cosas interesantes que enseñarnos, todas ellas tienen algo importante que decirnos sobre los distintos estratos del yo -de la conciencia- y sobre las *interpretaciones más veraces* que pueden ayudarnos a acceder a las distintas dimensiones.

Porque el hecho es que no basta con la verdad para alcanzar la libertad, lo que realmente nos hace libres es la veracidad.

Rectitud

P: ¿Qué es lo que ocurre con el cuadrante inferior izquierdo?

KW: El hecho es que el mundo *subjetivo* está *ubicado* en un espacio *intersubjetivo*, en un espacio cultural que *permite* la emergencia del espacio subjetivo. Sin este sustrato cultural mis pensamientos individuales carecerían de todo sentido y ni siquiera dispondría de las herramientas necesarias para interpretar mis propios pensamientos, de hecho, ni siquiera tendría pensamientos, sería, por decirlo de algún modo, un «niño lobo».

En otras palabras, uno de los grandes descubrimientos de los movimientos postmodernos o postilustrados es la imposibilidad de separar el espacio *subjetivo* del espacio *intersubjetivo*.

Así pues, la prueba de validez del cuadrante inferior izquierdo no es la verdad proposicional *objetiva* ni la veracidad *subjetiva* sino el *ajuste intersubjetivo*. A fin de cuentas, el sustrato cultural es el que proporciona el *contexto común* en el que mis pensamientos y mis interpretaciones cobran sentido. Es por ello que el criterio de validez propio de este cuadrante es el «ajuste cultural» a ese sustrato.

P: ¿Cuál es, exactamente, el objetivo de este criterio de validez? Hemos hablado de verdad objetiva, de veracidad subjetiva y... ¿de qué cosa intersubjetiva?

KW: El objetivo es la *comprensión mutua* y, con ello, no me refiero a la necesidad de *estar de acuerdo* con los demás sino a la posibilidad de *comprendernos* porque, en caso contrario, difícilmente podremos participar de una cultura común. ¿Cómo es posible que usted y yo dispongamos nuestros espacios subjetivos de tal modo que podamos tenernos mutuamente en cuenta" ¿Cómo es posible encontrar un trasfondo cultural común en el que sea posible la comunicación? ¿Cómo es posible llegar a un ajuste cultural y disponer de un significado común? ¡Esta es, en suma, la condición *necesaria* para que tenga lugar *cualquier tipo* de comunicación!

P: De modo que el objetivo, en este caso, no es tanto el de cartografiar la verdad objetiva ni la sinceridad como la comprensión mutua.

KW: Sí, y esto presenta muchos aspectos diferentes. Si queremos vivir en el mismo espacio tenemos que ponernos de acuerdo con respecto a una ética y una ley común y, para ello, es necesario recurrir a algún tipo de identidad supraordenada con respecto a nuestros yo's individuales, una identidad colectiva común que nos permita reconocernos en los demás y tratarlos con el adecuado respeto.

Todo esto tiene que ver con el *ajuste cultural*, con el sustrato

común de significado, pertenencia y justicia. En otro lugar he descrito ese sustrato como si se tratara de una especie de contrato que firmáramos conscientemente, algo parecido a un contrato social. Es este sustrato común el que nos permite llegar a un acuerdo mutuo sobre, por ejemplo, la edad de votación o el límite máximo de velocidad en la autopista. Todo esto forma parte del ajuste cultural, de la forma en que nos ponemos de acuerdo sobre las reglas y los significados comunes que posibilitan la convivencia.

Pero el hecho es que gran parte de este ajuste cultural dista mucho de ser consciente y tiene lugar a un nivel tan profundo que simplemente nos pasa desapercibido. Existen estructuras lingüísticas y prácticas culturales tan profundas que todavía no hemos llegado a reconocerlas y comprenderlas (éste es uno de los temas, por cierto, que más interesaron a Heidegger). Pero procedan de donde procedan, ¡no hay modo alguno de escapar a estas redes intersubjetivas que son la condición misma del espacio subjetivo!

No obstante, lo realmente sorprendente no es el hecho de que podamos pronunciar una palabra como, por ejemplo, «perro», y a continuación señalar un perro y decir «eso es lo que significa». ¡Lo realmente sorprendente es que *usted* sepa lo que yo quiero decir cuando pronuncio la palabra «perro»! Si nos olvidamos por un momento del cartografiado empírico y centramos nuestra atención en la comprensión intersubjetiva, no podremos, por menos, que coincidir en que se trata de algo ciertamente excepcional, porque, para ello, es necesario que, de algún modo, cada uno de nosotros habite en el interior del otro, que usted y yo *compartamos* nuestra *profundidad*. Cuando apuntamos a la *verdad* y estamos ubicados en la *veracidad*, podemos conseguir el milagro de la *comprensión mutua*. Y si el Espíritu existe, es aquí donde deberíamos comenzar a buscarlo.

P: Ése es, pues, el ajuste cultural o la justicia.

KW: Así es, justicia, bondad y rectitud común. ¿Cómo podemos lograr el bien común? ¿Qué es lo correcto y apropiado para nosotros, qué es lo que puede permitirnos morar en el mismo es-

pacio cultural con un mínimo de dignidad y de justicia? ¿Cómo disponer nuestros espacios subjetivos para alcanzar el espacio intersubjetivo común, el mundo común, la cultura común de la que depende nuestra identidad subjetiva?

¡No se trata de una disposición de objetos como la que tiene lugar en el espacio de la localización simple, sino que se trata de una disposición de sujetos en el espacio interno de la cultura!

Y ésta no es la veracidad ni la verdad sino la bondad.

P: Por eso usted dice que el ajuste cultural, o la justicia, tiene que ver con todo tipo de cuestiones, desde la ética, la moral y el derecho hasta la identidad grupal y colectiva, el contexto cultural, etcétera.

KW: Así es, a todo lo que hemos resumido como visión del mundo, al espacio común que denominamos «lo cultural», al cuadrante inferior izquierdo.

Y recuerde que este espacio cultural existe en todo tipo de holones, incluso en los más simples y menos sofisticados. *La intersubjetividad se halla inmersa en el entramado de todos los niveles del Kosmos*. No se trata de que el Espíritu esté en «mí», en «ello» o en «ellos», sino que está en «nosotros», en todos *nosotros*.

Y, como veremos cuando consideremos la ética medioambiental, nuestro objetivo apunta al logro de una *justicia* que incluya a todos los seres sensibles para producir el *bien* más profundo para todos *nosotros*.

Ajuste funcional

P: ¿Cuál es la diferencia existente entre el cuadrante superior derecho y el cuadrante inferior derecho? Porque usted ha dicho que requieren criterios de validez diferentes.

KW: El cuadrante superior derecho es el exterior de los *individuos*, mientras que el cuadrante inferior derecho es el exterior de los *sistemas*. Así, el criterio de validez del cuadrante superior derecho es la verdad proposicional en sentido estricto, una pro-

posición que se refiere a un hecho individual. En el cuadrante inferior derecho, por su parte, la proposición se refiere al sistema social y su criterio de validez es el *ajuste funcional*, la forma en que los diversos holones se agrupan en el sistema objetivo global.

P: ¿Pero el cuadrante inferior izquierdo no implica también sistemas? Según dice usted, el ajuste cultural es la forma en la que los individuos se agrupan en el sustrato cultural global. ¿No es eso también una teoría de sistemas?

KW: No, no lo es. Y más adelante quedará claro este punto cuando hablemos de la rebelión postmoderna contra la modernidad ilustrada. En cierto sentido, la revolución postcartesiana evidencia claramente que la *teoría sistémica* constituye una de las modalidades más inadecuadas del *dualismo cartesiano*.

P: Me gustaría profundizar más en este punto porque el hecho es que los teóricos de sistemas afirman haber *superado* el paradigma fundamental de la Ilustración.

KW: Pero eso no es cierto. Como ya hemos visto, el paradigma fundamental de la Ilustración era el paradigma de la representación -el paradigma cartográfico, el paradigma monológico-, y eso es precisamente lo que hacen los teóricos de sistemas. Así pues, por más que insistan, el hecho es que en modo alguno han superado el paradigma fundamental de la Ilustración.

Es cierto que tanto el cuadrante inferior derecho como el cuadrante inferior izquierdo tratan con «sistemas», en sentido amplio (porque toda la mitad inferior es comunal o colectiva), pero el cuadrante inferior izquierdo describe los sistemas *desde dentro*, desde el *interior* y, en consecuencia, tiene que ver con la conciencia, los valores, las visiones del mundo, la ética y las identidades colectivas. El cuadrante inferior derecho, por su parte, describe el sistema en términos puramente objetivos y exteriores, desde fuera, y no se preocupa tanto por la forma de compartir intersubjetivamente los valores colectivos en la comprensión mutua sino que centra exclusivamente su interés en la forma en que su correlato objetivo se *ajusta funcionalmente* a un sistema social global poseedor de localización simple.

No es de extrañar, pues, que la teoría de sistemas no nos hable de principios éticos, valores intersubjetivos, actitudes morales, comprensión mutua, veracidad, sinceridad, profundidad, integridad, estética, interpretación, hermenéutica, belleza, arte o cualquier otro aspecto de este tipo. Abra cualquier texto de teoría de sistemas y no encontrará en él *nada* de lo que acabo de mencionar sino tan sólo sus *correlatos externos* objetivos. Lo único que encontrará en la teoría de sistemas son bits de información moviéndose a través de canales de procesamiento, bucles de retroalimentación cibernéticos y procesos dentro de procesos de redes de representaciones monológicas, una secuencia interminable de nidos dentro de nidos, la localización simple, en suma, no del individuo sino del sistema social y de la red de procesos objetivos.

Y todo ello, sin embargo, es cierto, pero soslaya la interioridad, la experiencia real, los valores y la vida; presta la adecuada atención a la Mano Derecha de lo colectivo pero renuncia por completo a la Mano Izquierda.

P: ¿Pero por qué no dice usted -como hacen los sistémicos- que la teoría de sistemas es la realidad básica de la cual los aspectos subjetivos son simplemente partes, partes de la gran red? La red, por definición, lo abarca todo.

KW: ¡Sí, pero eso es así por definición exterior! ¡La gran red siempre posee localización simple! De este modo, el enfoque sistémico «salva» la distancia existente entre lo subjetivo y lo objetivo *reduciendo* a todos los sujetos a objetos del sistema «holístico», reduciendo todas las facetas subjetivas e intersubjetivas al mero ajuste interobjetivo, el ajuste funcional, el ajuste monológico.

Eso es, pues, lo que hace el paradigma fundamental de la Ilustración. Y ése es el motivo por el cual teóricos como Taylor, Foucault y Habermas han denunciado a la teoría de sistemas de ser cómplice de la misma pesadilla reduccionista que convierte a todas las facetas de la Mano Izquierda en descripciones típicas de la Mano Derecha en el gran sistema, en la gran red.

P: Lo que usted califica de *reduccionismo sutil*.

KW: Así es, reduccionismo sutil. El reduccionismo burdo lo reduce todo al cuadrante superior derecho, pero el reduccionismo sutil -una reacción, su suma, de rechazo ante aquél- opera de otro modo. En el mismo momento en que reducimos todos los aspectos de la Mano Izquierda a sus correlatos de la Mano Derecha, caemos en el reduccionismo sutil. La Mano Derecha se mueve dentro del ajuste funcional amplio y de la visión sistémica, así que parece ser muy holista y omniinclusiva, pero el hecho es que termina destruyendo la interioridad del Kosmos y arruinando la vida de todos los holones.

Sistemas objetivos que se mueven en sistemas que, a su vez, se hallan dentro de otros sistemas; átomos que forman parte de células que, a su vez, forman parte de organismos que forman parte de ecosistemas, que forman parte de la biosfera, etcétera. En otras palabras, *ajuste funcional*. La verdad del cuadrante inferior derecho se encuentra en la forma en que los distintos holones individuales encajan funcionalmente dentro del gran sistema holístico, de la forma en que cada uno constituye una hebra de la gran trama interrelacionada que es la realidad primordial. Es por ello que el teórico de sistemas está siempre hablando de sistemas colectivos (de Gaia, del ecosistema, de redes interrelacionadas, de la trama de la vida, de mapas de flujo de información cartografiados objetivamente, de federaciones planetarias, de redes globales, etcétera)... pero lo hace, no obstante, en términos objetivos y monológicos.

Y no es que eso sea falso sino que simplemente soslaya las dimensiones de la Mano Izquierda. De este modo, como han señalado recientemente los eruditos que se han ocupado del tema, los teóricos sistémicos luchan admirablemente en contra del reduccionismo burdo, pero quedan atrapados en la locura monológica del reduccionismo sutil, la esencia misma de la pesadilla de la Ilustración.

P: La teoría de sistemas afirma ser una ciencia monológica.

KW: Sí. Y no voy a discutir con ellos porque eso es, en mi opinión, lo que hacen. Lo malo es que dicen que eso es todo.

P: ¿La diferencia existente entre el cuadrante inferior izquierdo y el ajuste cultural y el cuadrante inferior derecho y el ajuste funcional se asemeja a los dos distintos abordajes de la danza de la lluvia de los que hemos hablado?

KW: Exactamente. El enfoque propio del cuadrante inferior izquierdo (cuyo criterio de validez, no lo olvidemos, es la comprensión mutua) estudia la comunidad desde el punto de vista de un observador participante e intenta *comprenderla desde dentro*. Lo que usted quiere hacer cuando se convierte en un observador participante es adentrarse en el significado interior de la comunidad, algo que sólo podrá comprender cuando entienda su *ajuste cultural*, cuál es el significado de la danza, una comprensión basada en la forma en que encaja en el vasto sustrato de significados y prácticas culturales y lingüísticas propias de la comunidad. Y, como ya hemos dicho, el observador participante, el hermenéuta interpretador, puede descubrir que la danza forma parte de un ritual sagrado con la naturaleza. Ése es su significado interior, un significado al que sólo podrá acceder cuando se sumerja en el sustrato cultural común, en el espacio común o en el *contexto común* que le permita elaborar *interpretaciones* adecuadas.

El científico de sistemas, el teórico de sistemas, por su parte, no está interesado en nada de eso, no está interesado en los significados interiores sino en la *función* con la que cumple la danza dentro del *sistema social* global. Para él, lo que *dicen* los nativos carece de toda importancia porque lo que realmente le interesa es que la danza forma parte de un sistema social objetivo y que este sistema objetivo determina, en muchos modos, lo que hacen los participantes. Desde su punto de vista, la función *real* de la danza es la de contribuir al mantenimiento autopoyético del sistema. La danza, pues, forma parte del intento del sistema social por mantener su integridad, su *ajuste funcional*, proporcionando un ritual común que aumente su cohesión social. Y eso es algo que puede ser determinado observando la danza desde una perspectiva *objetiva*, desde una perspectiva «empírica», positivista, objetiva y monológica. Y usted hasta podría hacer un diagrama de flujo con

todo ello, ¡que no tendría, por cierto, nada que ver -puede creerse- con el modo en que los nativos experimentan la danza!

P: Pero supongo que usted no está diciendo que uno de esos abordajes sea correcto y que el otro esté equivocado.

KW: No, en mi opinión ambos son correctos. Lo que ocurre es que uno de ellos se aproxima al holón sociocultural desde el interior mientras que el otro lo hace desde el exterior. Uno de ellos tiene que ver con la forma en que los *sujetos* se agrupan en el espacio cultural -la forma en que usted y yo podemos alcanzar cierta comprensión mutua en el espacio *intersubjetivo*-, mientras que el otro está ligado a la forma en que los objetos se agrupan en el espacio físico, en el sistema objetivo global, en el mundo *interobjetivo*. Uno de ellos recurre a la hermenéutica, a la interpretación de la profundidad *interior* mientras que el otro utiliza la observación empírico-analítica, el análisis objetivo de la *conducta* observable. ¿Qué es lo que significa? versus, ¿qué es lo que hace?

Ambos enfoques son completamente válidos y el uno es el correlato del otro, ambos son, en suma, la forma en que se manifiestan las vertientes izquierda y derecha del Espíritu. Pero, lamentablemente, se trata de dos disciplinas que no se llevan muy bien y se hallan enzarzadas en una rivalidad que bien podríamos evitar.

Conclusión: Los cuatro rostros del Espíritu

P: Muy bien. Tenemos, pues, cuatro cuadrantes diferentes, cada uno de los cuales posee un tipo diferente de verdad, una voz distinta. Y, como hemos visto en la Figura 7. 1, cada uno de ellos tiene una forma distinta de verificar su verdad, un criterio distinto de validez.

KW: Sí. Todas éstas son formas válidas de conocimiento porque están *arraigadas* en la realidad de las cuatro facetas características de cada holón. Y, por consiguiente, cada uno de los cua-

tro criterios de validez pueden ser confirmados o refutados por la comunidad de sujetos que se hallen capacitados para ello. Cada uno de ellos exige una prueba de validez diferente que nos oriente en nuestra búsqueda del conocimiento. Cada uno de ellos puede ser falseado *en sus propios dominios*, lo cual significa que la evidencia posterior puede llegar a terminar demostrando su inadecuación. (Bien podemos, pues, ignorar las reivindicaciones de cualquier cuadrante que afirme ser el único que merece la pena.)

Y, a lo largo de siglos y de milenios, la humanidad ha ido aprendiendo, a través de un largo y doloroso proceso de acierto y error, los procedimientos básicos utilizados por las distintas pruebas de validez.

P: Ése es el motivo por el que resultan tan importantes.

KW: Definitivamente. Estas verdades constituyen un auténtico tesoro de la colectividad, un tesoro conquistado con sangre, sudor y lágrimas, ganando terreno a la falsedad, el error y la mentira. A lo largo de millones de años, la humanidad ha ido *aprendiendo* lentamente a diferenciar la verdad de la apariencia, la bondad de la maldad, la belleza de la fealdad y la sinceridad del engaño.

Las cuatro verdades son los cuatro rostros a través de los cuales se manifiesta el Espíritu mientras que los criterios de validez son las formas en que conectamos con el Espíritu, las formas en que sintonizamos con el Kosmos. Como decíamos al comienzo de este capítulo, los criterios de validez nos obligan a afrontar la realidad, ellos ponen freno a nuestras fantasías egoicas y a nuestro egocentrismo, ellos exigen la evidencia del resto del Kosmos -¡obligándonos desde el exterior!-, son los contrapesos, podríamos decir, del Kosmos.

Son estos distintos caminos de la verdad los que nos llevan más allá de nosotros, fuera de nosotros mismos, y nos obligan a refrenar nuestro egocentrismo y adaptarnos a verdades cada vez más amplias y más profundas. Desde la sintonía [*attnement*] a la expiación [*atonement*] y, desde ahí, a la unidad [*at-onement*], hasta que, en una súbita conmoción, podamos llegar a reconocer

nuestro Rostro Original, el Rostro que nos insta en voz baja pero insistente a recordar la Verdad, la Bondad y la Belleza.

El Kosmos nos susurra desde todos sus rincones. Dejemos, pues, que la sinceridad, la verdad, la bondad y la belleza resplandezcan como el marchamo de la radiante Vacuidad que nunca estuvo -y que nunca podrá estar- lejos de nosotros.

8. LA BONDAD, LA VERDAD Y LA BELLEZA

P: Quisiera ahora que nos adentráramos en los estadios superiores o transpersonales, pero me gustaría que, antes de hacerlo, resumiera -y que lo hiciera con la sencillez anteriormente prometida- los cuatro cuadrantes, sus distintas verdades y los criterios de validez propios de cada uno de ellos.

KW: Muy bien. Para comenzar, convendrá establecer la siguiente distinción fundamental: todo lo que se halla en la Mano Derecha puede ser descrito en el lenguaje del «ello», todo lo que se halla en el cuadrante superior izquierdo puede ser descrito en el lenguaje del «yo» y todo lo que se halla en el cuadrante inferior izquierdo puede ser descrito en el lenguaje del «nosotros».

P: «Yo», «nosotros» y «ello», por el momento es muy sencillo.

El Gran Tres

P: ¿Éstos son los tres lenguajes que están señalados en las esquinas interiores de la Figura 7. 1 ?

KW: Así es. El lenguaje del «ello» es un lenguaje objetivo y neutral, un lenguaje carente de valores; es el lenguaje, en suma, utilizado por las ciencias empíricas, analíticas y sistémicas (des-

de la física hasta la biología, la cibernética, la sociología positivista, el conductismo y la teoría de sistemas). Se trata, en otras palabras, de un lenguaje monolítico, de un lenguaje que monologa con «ellos», con meras superficies.

El lenguaje del «ello» se ocupa de describir la faceta exterior de los objetos y sus interrelaciones, la superficie de todo lo que puede ser observado y de las pautas que pueden ser vistas con los sentidos o con sus extensiones, sin importar que se trate de superficies empíricas «internas» (como su cerebro o sus pulmones) o de superficies «externas» (como los ecosistemas). De hecho, hasta la misma información que discurre por las vías nerviosas suele definirse como entropía negativa (un lenguaje, como ve, sumamente objetivo) y que no requiere de su presencia.

El lenguaje del «yo», por su parte, *es* su presencia, su conciencia, su conciencia subjetiva. Todo lo que se halla en el cuadrante superior izquierdo suele describirse en el lenguaje del «yo», en el lenguaje propio de la subjetividad interior, el componente subjetivo de cualquier holón.

Obviamente, el «yo», o la subjetividad, es mayor cuanto mayor es la profundidad y un simio tiene, por así decirlo, más subjetividad que un gusano. Pero el hecho es que el «yo» no puede ser descrito en el lenguaje del «ello» porque, en tal caso, convertiríamos al sujeto en un mero objeto, algo a lo que todos nos resistimos porque, de algún modo, sabemos que los sujetos son comprendidos mientras que los objetos son manipulados.

P: El mundo del técnico de laboratorio...

KW: Sí, ése es un ejemplo. Y la gente sabe de manera instintiva que todo tipo de reduccionismo es peligroso porque termina tratando a los «yoes» como «ellos», meras hebras del gran tejido (y que poco importa, en este sentido, que se trate de objetos colectivos o que se trate de objetos individuales).

P: ¿Y qué ocurre con el tercer lenguaje?

KW: El tercer lenguaje, el lenguaje del «nosotros», es el propio del cuadrante inferior izquierdo, la dimensión intercultural o intersubjetiva. El cuadrante superior izquierdo tiene que ver con

la forma en que «yo» veo al mundo, mientras que el cuadrante inferior izquierdo tiene que ver con la forma en que «nosotros» vemos al mundo, con la visión colectiva del mundo propia de un tiempo, lugar y cultura determinados. Y, como ya sabemos, estas visiones del mundo evolucionan a lo largo del tiempo y dan lugar a las visiones arcaica, mágica, mítica, racional, etcétera, del mundo a las que ya hemos aludido.

Así pues, disponemos de tres grandes lenguajes, tres lenguajes distintos dirigidos a tres dominios diferentes. Y el hecho de no diferenciar esos lenguajes ha terminado provocando una gran confusión.

P: Usted se refiere a estos tres dominios con el nombre de «el Gran Tres».

KW: Sí. El Gran Tres no es más que una versión simplificada de los cuatro cuadrantes, puesto que los dos cuadrantes de la Mano Derecha son exterioridades objetivas, o «ellos», y bien podríamos simplificar los cuatro cuadrantes hablando del Gran Tres, del «yo», del «nosotros» y del «ello».

De modo que, cuando decimos que un determinado holón participa de los cuatro cuadrantes -o, dicho de manera abreviada, del Gran Tres-, también podríamos decir que presenta estos tres aspectos, estas tres facetas y que sólo puede ser descrito teniendo en cuenta a los tres en cuenta. Y la razón por la que no podemos reducir ninguno de los lenguajes a los demás es la misma por la que tampoco podemos reducir ninguno de los cuadrantes a los demás. Para describir a un holón deberemos *utilizar los tres lenguajes*, de otro modo privilegiaremos -como normalmente suele ocurrir- un cuadrante, o un lenguaje, sobre los demás.

P: Muy bien. Usted ha hablado del Gran Tres en muchos sentidos diferentes, como la moral, la ciencia y el arte o como la Bondad, la Verdad y la Belleza platónica.

KW: Sí. Veamos ahora algunas de las distintas formas que puede asumir el Gran Tres:

Yo (superior izquierdo): la conciencia, la subjetividad, el yo,

la expresión de uno mismo (incluyendo el arte y la estética), la veracidad y la sinceridad.

Nosotros (inferior izquierdo): la ética, la moral, las visiones del mundo, los contextos comunes, la cultura; el significado intersubjetivo, la comprensión mutua, la adecuación y la justicia.

Ello (Mano Derecha): la ciencia, la tecnología, la naturaleza objetiva, las formas empíricas (incluyendo el cerebro y el sistema social) y la verdad proposicional (ajuste individual y ajuste funcional).

La ciencia -la ciencia empírica- se ocupa de objetos, de pautas empíricas, de «ellos»; la moral y la ética, por su parte, se preocupan del «nosotros» y del mundo intersubjetivo, y el arte, por último, tiene que ver con la belleza en el ojo del espectador, con el «yo». Dicho de otro modo, estamos hablando de las tres grandes categorías platónicas, de la Bondad (la moral, el «nosotros»), la Verdad (la verdad proposicional, la verdad objetiva propia del «ello») y la Belleza (la dimensión estética percibida por cada «yo»).

El Gran Tres también tiene que ver con los tres mundos del que habla Sir Karl Popper (objetivo [ello], subjetivo [yo] y cultural [nosotros]) y con las tres pruebas de validez de Habermas (verdad objetiva, sinceridad subjetiva y ajuste intersubjetivo).

Y, algo históricamente muy importante, el Gran Tres se evidencia también en la decisiva trilogía de Kant, *La crítica de la razón pura* (la ciencia objetiva), *La crítica de la razón práctica* (la moral) y *La crítica del juicio estético* (el juicio estético y el arte). Podríamos dar muchos ejemplos al respecto pero con éstos ya puede usted hacerse una imagen global del Gran Tres.

P: Muy bien. Me gustaría que ahora volviéramos al paradigma fundamental de la Ilustración, a la «modernidad» y que tratara de explicarlo desde el punto de vista del Gran Tres.

Creo que esto es algo muy importante porque todos los enfoques del «nuevo paradigma» dicen haber superado el paradigma de la Ilustración, mientras que usted, en cambio, afirma que to-

avía permanecen atrapados en él. Usted ha dicho, por ejemplo, que la teoría de sistemas todavía se encuadra dentro del paradigma de la Ilustración. ¿Cuál fue, desde la perspectiva del Gran Tres, el paradigma fundamental de la Ilustración?

KW: El paradigma fundamental de la Ilustración redujo todos los «yoes» y todos los «nosotros» a meros «ellos». La corriente principal del pensamiento ilustrado creía que el lenguaje del «ello» -al que, por cierto, consideraba como el único «realmente real»- servía para capturar toda la realidad. Pero, de este modo, redujo el Gran Tres al chato uno del lenguaje del «ello»; en otras palabras, redujo todas las dimensiones de la Mano Izquierda a sus correlatos de la Mano Derecha, una forma sutil de reduccionismo. ¿Le parece claro?

P: ¿Rechazó a la conciencia y a la moral en favor de la ciencia?

KW: Sí, al menos en cierto sentido. Pero el mejor modo para llegar a comprender los aspectos negativos de la modernidad y de la Ilustración consiste en comprender, antes que nada, sus contribuciones *positivas*. Recuerde que cada estadio evolutivo tiene su propia «dialéctica de progreso» o, dicho en pocas palabras, que cada nuevo estadio del desarrollo porta consigo buenas y malas noticias. Y hasta ahora hemos estado subrayando algunas de las malas noticias, lo cual no tiene mucho sentido si no tratamos también de comprender las correspondientes buenas noticias. Es por ello que quisiera resumir ahora brevemente las buenas noticias porque, de otro modo, la mera retórica antimodernista nos dejaría estancados en un callejón sin salida.

Las buenas noticias. La diferenciación del Gran Tres

P: ¿Podría enumerar las «buenas noticias» de la modernidad desde el punto de vista del Gran Tres?

KW: Sí. Según teóricos como Weber o Habermas, por ejemplo, la modernidad logró, por vez primera en la historia, *diferenciar* completamente el Gran Tres; es decir, diferenciar el arte, la

moral y la ciencia o el yo, la cultura y la naturaleza. A partir de entonces, esos tres dominios dejaron de estar fundidos y confundidos sincréticamente.

Los modernos solemos dar por sentado que esta diferenciación es un hecho y tendemos a olvidar que, desde el punto de vista del mito, el arte, la ciencia y la moral religiosa se hallaban indisolublemente fundidas. ¡No digo que estuvieran integradas sino que estaban fundidas, algo, por cierto, completamente diferente!

Veamos ahora uno de mis ejemplos favoritos, la muy aceptada y estimada «refutación» del descubrimiento de Galileo sobre las lunas de Júpiter: «Siete son las ventanas de que disponen los animales en la morada de la cabeza; a través de ellas el aire penetra en el tabernáculo del cuerpo, para iluminarlo, calentarlo y alimentarlo. ¿Cuáles son estas siete partes del *microcosmos*? Dos fosas nasales, dos ojos, dos oídos y una boca. Del mismo modo, en el *macrocosmos* de los cielos también hay dos estrellas benévolas, dos infaustas, dos luminarias y el inestable e indiferente Mercurio. De éstas y otras muchas semejanzas existentes en la naturaleza, como los siete metales, etcétera, que sería tedioso enumerar, no cabe más conclusión que la de que el número de planetas debe ser necesariamente siete».

P: ¿Así que la existencia de siete orificios corporales implicaba *necesariamente* la existencia de siete planetas?

KW: Sí o, dicho en otras palabras, que los espacios subjetivo y objetivo se hallaban tan pobremente diferenciados que lo que ocurría en uno debía necesariamente gobernar lo que ocurría en el otro. Y lo mismo podríamos decir con respecto a los espacios subjetivo y cultural, que se hallaban tan pobremente diferenciados que, si usted estaba en desacuerdo con la Iglesia, con el substrato cultural, no sólo era considerado un *hereje* sino que también era convicto de haber cometido un *crimen* político. ¡Dése cuenta de que el hecho de que esos dos ámbitos no hubieran llegado siquiera a diferenciarse suponía que la Iglesia podía juzgarle por *hereje* y el Estado por *traición*!

En otras palabras, en todos estos casos, los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello» no se hallaban claramente diferenciados. ¡Repito que no estoy diciendo, con ello, que no estuvieran *integrados* sino que *ni siquiera habían llegado a diferenciarse*, lo cual es algo completamente distinto!

Comprendo que haya ciertos teóricos del «nuevo paradigma» a quienes les guste considerar a esta indisociación mítica como una especie de paraíso holístico, un paraíso, sin embargo, en el que dudo que les agradase vivir porque, en ese entorno, la mayor parte de las nociones que sostiene su «nuevo paradigma» serían acusadas de herejía y traición, una eventualidad para la cual las culturas mítico-imperiales de todo el mundo han ideado numerosas y muy desagradables soluciones. Dicho en otras palabras, creo que están muy mal informados o que son muy poco sinceros cuando elogian las excelencias de la visión mítica del mundo.

P: Así que la Ilustración, o modernidad, fue la que inició la diferenciación del Gran Tres.

KW: Sí. Y, como evidencian las tres *Críticas* de Kant -el mejor ejemplo que se me ocurre en este sentido-, lo hizo a gran escala.

Esto supuso un verdadero salto cuántico en la capacidad del ser humano. Y éste es el motivo por el cual la extraordinaria diferenciación del Gran Tres -la diferenciación entre el arte, la moral y la ciencia- ha sido calificada, por Weber y Habermas como la *dignidad* de la modernidad, algo con lo que estoy completamente de acuerdo. «Dignidad» en el sentido de que los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello» pudieron, a partir de entonces, proseguir su camino sin la intrusión o incluso el castigo violento de los otros dominios. A partir de ese momento, usted podía mirar a través del telescopio de Galileo sin el temor de ser quemado en la hoguera. Y no cabe la menor duda de que se trata, ciertamente, de muy buenas noticias.

La diferenciación del Gran Tres comportó numerosísimas ventajas. Veamos sólo unas pocas:

- La diferenciación entre sí mismo (yo) y la cultura (nosotros) permitió que el individuo escapase del sometimiento a las jerarquías de dominio míticos propias de la Iglesia o del Estado y pudiera participar, con su voto, en la aparición de la democracia.

- La diferenciación entre la mente (yo) y la naturaleza (ello) posibilitó la separación entre el poder biológico y el derecho no-ósferico, contribuyendo, de ese modo, al desarrollo de los grandes movimientos de liberación (incluidas las mujeres y los esclavos) La aparición, pues, del feminismo liberal y del abolicionismo y la difusión de los movimientos culturales.

- La diferenciación entre la cultura (nosotros) y la naturaleza (ello), permitió que la verdad dejara de estar sometida a las mitologías de la Iglesia y del Estado, lo cual contribuyó al surgimiento de la ciencia empírica, de la medicina, de la física y de la biología. El surgimiento de las ciencias ecológicas. Etcétera, etcétera, etcétera.

P: De modo que la democracia, el feminismo, las ciencias ecológicas y la abolición de la esclavitud son algunas de las buenas noticias que trajo consigo la modernidad, y todas ellas están directamente ligadas a la diferenciación del Gran Tres. ¿Qué podría ahora decir con respecto a las malas noticias?

Las malas noticias: La disociación del Gran Tres

KW: Hemos visto que uno de los veinte principios es que la evolución procede a través de un proceso de *diferenciación e integración*. Las buenas noticias son que la modernidad ha aprendido a *diferenciar* el Gran Tres, las malas, por el contrario, que todavía no ha aprendido a *integrarlo*.

Es así como el *esplendor* de la modernidad comenzó a deslizarse hasta terminar convirtiéndose en su *miseria*, porque el Gran Tres todavía no sólo no está equilibrado e integrado, sino que ¡ha terminado *disociándose!*

Y ésta es, en realidad, una muy mala noticia, porque el Gran Tres terminó siendo presa del saqueo de las aproximaciones más agresivas del dominio del «ello».

Así fue como, por diversas razones que, si usted quiere, podemos pasar a discutir, *los grandes avances realizados en el dominio del «ello»* -los espectaculares descubrimientos realizados por las ciencias técnicas y empíricas- comenzaron a eclipsar a los avances realizados en los dominios de «yo» y del «nosotros» y la ciencia comenzó a usurpar el lugar de la conciencia y de la moral.

Los grandes e innegables avances de las ciencias empíricas que tuvieron lugar en el período que va desde el Renacimiento hasta la Ilustración, nos hicieron creer que toda la realidad podía ser abordada y descrita en los términos objetivos propios del lenguaje monolítico del «ello» e, inversamente, que si algo no podía ser estudiado y descrito de un modo objetivo y empírico, no era «realmente real». Así fue como el Gran Tres terminó reducido al «Gran Uno» del materialismo científico, las exterioridades, los objetos y los sistemas científicos.

Y así fue también como las aproximaciones del «ello» comenzaron a *colonizar* los dominios propios del «yo» y del «nosotros». Todo conocimiento tenía que ser conocimiento objetivo del «ello» y la realidad comenzó a asemejarse a un conjunto de «ellos», carentes de sujeto, de conciencia, de yo, de moral, de virtud, de valor, de interioridad y de profundidad. Las dimensiones de la Mano Izquierda del «yo» terminaron colapsándose en el gran «ello» de la Mano Derecha.

P: Y el Gran Tres se colapsó en el chato Gran Uno.

KW: Exactamente. Y tal vez inicialmente este proyecto tuviera algún sentido, porque todos los holones tienen una vertiente objetiva, una Mano Derecha y, como puede apreciar fácilmente en la Figura 5.2, todo componente de la Mano Izquierda tiene un correlato empírico y objetivo en la Mano Derecha (y aun en el caso de que usted tuviera una experiencia extracorporal, esa experiencia comportaría ciertos cambios cerebrales).

Y puesto que la investigación empírica y monológica es *mu- chísimo más sencilla* que la compleja interpretación hermenéutica intersubjetiva y la comprensión empática recíproca, *tuvo cierto sentido* comenzar restringiendo el conocimiento al dominio empírico de las dimensiones de la Mano Derecha. Eso es algo muy comprensible y hasta diríamos que, en cierto sentido, noble.

Eso fue precisamente lo que hizo el paradigma fundamental de la Ilustración porque, para el ego racional, la búsqueda del conocimiento consistió en cartografiar o reflejar el mundo en el lenguaje del «ello», lo que Rotry ha denominado adecuadamente «el espejo de la naturaleza».

P: El paradigma cartográfico, el paradigma de la representación.

KW: Sí pero, de ese modo, se deja simultáneamente de lado al cartógrafo y a la interioridad. Para esa labor no se requiere ningún tipo de interpretación porque, según ella, el mundo es evidentemente «preexistente» y su única función consiste simplemente en cartografiar un mundo «dado» de antemano, el mundo de la localización simple.

Desde este punto de vista, la naturaleza constituye *un sistema perfectamente armónico e interrelacionado*, un gran sistema del «ello», y el conocimiento consiste en cartografiar minuciosa y empíricamente ese sistema en el lenguaje del «ello».

Ese fue el objetivo fundamental de la Ilustración, el gran sistema armónico del «ello», el sistema «holístico».

P: No obstante, los teóricos del «nuevo paradigma» sostienen que lo único fundamental del paradigma ilustrado fue su *atomismo* y que todos sus esfuerzos se orientan a superar el atomismo y reemplazarlo por el *holismo* o teoría de sistemas.

KW: Sí, eso es, al menos, lo que dicen. Pero lo cierto es que están confundidos, están muy confundidos. No sé quién comenzó a cometer este absurdo error pero se trata de un error auténticamente garrafal.

P: He subrayado la parte en la que usted cita este tópico en su libro y quisiera ahora leerlo para nuestra audiencia.

Estos holistas chatos afirman, por ejemplo, que el gran «legado negativo» de la Ilustración fue su ontología atomista y divisoria. Pero el atomismo no fue precisamente el tema predominante de la Ilustración. Como veremos detalladamente y, como casi todos los historiadores de esta época han dejado muy claro, el tópico dominante de la Ilustración fue «la armonía del ordenamiento interrelacionado del ser», una armonía de sistemas que estaba por detrás de todo lo demás, desde la gran «mano invisible» de Adam Smith hasta «el gran ordenamiento interrelacionado» de John Locke y «la vasta totalidad armoniosa de seres mutuamente interrelacionados» de los reformistas y los teístas.

Por dar sólo unos pocos ejemplos, Charles Taylor representa la conclusión –prácticamente irrefutada– de los eruditos de que «para la corriente principal de la Ilustración, la naturaleza, como sistema global interrelacionado de la realidad objetiva en la que todos los seres, incluido el hombre, tenían un modo natural de existencia que se imbricaba con todos los demás, proporcionaba el modelo fundamental para la felicidad y, en consecuencia, para el bien. La Ilustración desarrolló un modelo de la naturaleza, incluida la naturaleza humana, como una totalidad armónica cuyas partes encajaban perfectamente» y también que «la unidad del orden era considerada como un conjunto interrelacionado cuyas acciones configuraban una totalidad armoniosa». Como dijo Alexander Pope hablando en nombre de toda una generación: «Tal es la gran armonía del Mundo que surge del Orden, Unión y pleno Consentimiento de las cosas en donde lo pequeño y lo grande, lo débil y lo fuerte han sido hechos para servirse [mutuamente], no para sufrir ni para invadir sino para fortalecer, y en la que las Partes se relacionan con el Todo, Todas sirven y son servidas y nada permanece aislado».

La Encyclopédie, bastión del pensamiento ilustrado, había anunciado que «todo en la naturaleza está interrelacionado» y Lovejoy señala que los ilustrados «tendían a hablar con elocuencia de la perfección del Sistema Universal como un todo». (Sexo, Ecología, Espiritualidad, pág. 155.)

KW: Sí, el tópico dominante de la Ilustración fue el concepto de la «gran red» de la vida, un gran ordenamiento de entidades completamente interrelacionadas. Es cierto que, como los eruditos han demostrado fehacientemente, desde Demócrito existían unos pocos atomistas, pero esos atomistas en modo alguno representaban la corriente principal de la Ilustración.

P: ¿Cuál fue, pues, el «legado negativo» de la Ilustración?

KW: Bien, como ya hemos visto, el concepto de la «gran trama de la vida» era, en realidad, holista e interrelacionado, pero sólo tenía en cuenta las holoarquías propias de las dimensiones de la Mano Derecha. Es decir, que no reconocía las holoarquías de la Mano Izquierda *en sus propios términos* sino que *colapso* al Gran Tres en el Gran Uno, reduciendo así a la trama del «yo», del «nosotros» y del «ello» en un chato sistema de «ellos» interrelacionados.

El Gran Tres de la conciencia, la cultura y la naturaleza quedó así reducido a la naturaleza sensorial, y todo conocimiento real debía, en consecuencia, *reflejar* esa *única* realidad. Ése fue el paradigma de la reflexión, el espejo de la naturaleza, el colapso del Kosmos.

¡Y la teoría sistémica no trata de remediar el legado negativo de la Ilustración sino que prolonga la misma pesadilla!

P: Forma parte de la visión chata del mundo.

KW: Así es, forma parte de lo que Mumford llamó el universo descualificado. El lenguaje del «ello» es un lenguaje carente de valores, un lenguaje de *cantidades* absolutamente desprovisto de *cualidades*. Si usted se dedica a describirlo todo en términos cuantitativos, en términos de variables, sistemas y procesos externos y objetivos, no podrá establecer ningún tipo de distinción cualitativa y lo único que tendrá será un universo *descualificado*.

Recuerde que todo lo que se halla en la Mano Derecha posee una localización simple y que puede ser *mayor* o *menor* pero que nunca será *mejor* ni *peor*. Desde este punto de vista, la tolerancia es mejor que el fanatismo, pero una roca no es mejor que un planeta. El hecho de que la Mano Derecha tenga algún tipo de extensión física permite que sea cuantificada y contada, 1, 2, 3, 4,

5... pero, de este modo, lo único que usted conseguirá serán cantidades, no morales. Y aunque siete puede ser *mayor* que tres no, por ello, es *mejor*. El hecho es que, si usted comienza tratando al mundo entero como un objeto -sea holista o no-, terminará despojándolo de todo valor, descalificando, de otro modo, al Kosmos.

Y si, después de hacer esto, se detiene para mirar a su alrededor, descubrirá horrorizado que está de pie en un mundo chato y monótono, en un mundo sin significado, sin profundidad, sin interpretación, sin belleza, sin bondad, sin virtud, sin nada sublime, un puñado de «ellos» holísticos funcionalmente adecuados.

P: La famosa cita de Whitehead: «un asunto aburrido, mudo, inodoro, incoloro, el simple despliegue interminable y absurdo de lo material».

KW: Así es. Y no olvide que esa cita termina diciendo «que ha terminado, en consecuencia, arruinando a la filosofía moderna», aunque el hecho, desde mi punto de vista, es la vida moderna la que ha terminado siendo arruinada. El mismo paso que nos ha conducido del interior al exterior, de la mente al cerebro y de la compasión a la serotonina, nos ha llevado también de lo valioso a lo inútil, de la virtud a la ausencia de virtud y de lo importante a lo absurdo.

Y, si usted cree que el gran dominio del «ello» es la *única* realidad, tendrá que afirmar también que los valores y las virtudes son «meramente subjetivas», es decir, que dependen de decisiones personales que no se hallan ancladas en ningún tipo de realidad substancial. Y, en tal caso, jamás llegará a advertir que la profundidad es inherente al Kosmos, que los valores son inherentes al Kosmos y que la conciencia es inherente al Kosmos.

Y todo eso se niega, se desvanece y se pierde en ese mundo monocromo. No debería sorprenderse de que, después de extirpar la conciencia, la virtud y el valor del Kosmos, su propia vida le parezca carente de todo sentido. *Lamentarse* por este estado de cosas es como asesinar a sus padres y lamentarse posteriormente de ser huérfano.

Y este chato reduccionismo es todavía más insidioso en el caso de que usted sea un teórico de sistemas, porque, en tal caso, usted creará que ha asentado las bases en su gran-sistema-del-«ello», creará que tiene toda la realidad, creará haber capturado a la totalidad, creará hallarse en camino a la salud cuando lo único que habrá hecho es salir literalmente de su propia mente.

La misión de la postmodernidad: La integración del Gran Tres

P: ¿Cómo podemos superar el legado negativo de la Ilustración?

KW: Digamos, para comenzar, que la superación del legado negativo de la Ilustración *no* consiste en reemplazar el atomismo monológico con el holismo monológico, con la chata teoría de sistemas, porque en ambos casos incurriríamos en el reduccionismo que caracteriza a la Mano Derecha, aunque el primero de ellos burdo y el segundo, por su parte, sutil.

No deberíamos, pues, buscar la solución *regresando* a la indiosociación mítica o mágica del Gran Tres en la que el yo, la cultura y la naturaleza *todavía* no se habían diferenciado. Debemos desembarazarnos de la miseria de la modernidad (la disociación) sin renunciar, en cambio, a sus facetas más esplendorosas (la diferenciación).

De modo que, si la tarea de la modernidad fue la diferenciación del Gran Tres, la misión de la postmodernidad es la de llegar a integrarlo. Son las mismas corrientes de la evolución -los veinte principios- las que nos compelen a la diferenciación y la integración, y todavía nos hallamos a mitad de este camino.

P: Ése es el gran reto al que se enfrenta la postmodernidad.

KW: Sí, pero eso no significa que todo lo que se conoce con el nombre de «postmoderno» constituya un intento de llevar a cabo esa integración. La mayor parte del pensamiento postmoderno es regresivo y trata de salvar las disociaciones de la modernidad regresando al período anterior a la diferenciación del

Gran Tres, un intento regresivo y narcisista que confiere a gran parte del «postmodernismo» su quejido egocéntrico.

En mi opinión, las corrientes más genuinas de la postmodernidad -desde Hegel hasta Heidegger, Habermas, Foucault y Taylor- están intentando recuperar el equilibrio respetando por igual a la ciencia, la moral y la estética y no simplemente reduciendo una a la otra en un desenfreno de violencia teórica.

Eso es precisamente lo que yo estoy buscando, formas de integrar la mente, la cultura y la naturaleza en el mundo postmoderno, formas de respetar al Espíritu en los cuatro cuadrantes, formas de reconocer los cuatro rostros del Espíritu -o simplemente el Gran Tres - y sintonizamos con él, de ubicarnos en él y de honrar, por igual, a la Bondad, la Verdad y la Belleza.

El Gran Tres espiritual

P: Aquí es donde comenzamos a adentrarnos en el dominio espiritual. Usted ha relacionado al Gran Tres con las nociones del Buda (un ser espiritualmente realizado), el Dharma (la verdad que realizó) y el Sangha (la comunidad de quienes están intentando esta realización).

KW: Así es. Éste es el Gran Tres cuando la evolución de la conciencia penetra en los dominios superiores, supraconscientes o transpersonales. Obviamente, esto es así si utilizamos la terminología budista, otros lo harán de otro modo.

P: Examinemos brevemente estos tres aspectos de uno en uno.

KW: La Figura 5.2 sólo enumera algunos de los hitos que jalanan el desarrollo de la conciencia colectiva hasta el momento presente, hasta la racionalidad moderna («formop» y «visión-lógica» del cuadrante superior izquierdo).

Más allá de esos estadios descansan los dominios transracionales, o transpersonales o, hablando con más propiedad, los dominios espirituales, de los que pronto hablaremos. Y el hecho es que el desarrollo superior también tiene lugar *en los cuatro cua-*

drantes o, dicho en forma simplificada, en el Gran Tres; se trata de una evolución que también tiene lugar en los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello».

Y el «yo» último es el Buda, el último «nosotros» el Sangha y el último «ello» el Dharma.

P: ¿Por qué no se extiende un poco más sobre este punto?

KW: Podemos decir esto de formas muy diferentes.

Cuando usted es absolutamente *sincero* consigo mismo realizará y *reconocerá* finalmente que «Yo soy el Buda», que Yo soy Espíritu. Menos que eso es una mentira, la mentira del ego, la mentira de la sensación de identidad separada, la contracción ante el rostro del infinito. En la Suprema Identidad, los rincones más profundos de su conciencia intersectan directamente con el Espíritu. «No soy yo sino Cristo quien vive en mí», lo cual significa que el último «yo» es Cristo. Y no estoy hablando de un estado que emerja por vez primera sino de un estado atemporal que usted actualiza y reconoce. Cuando usted afirma «Yo soy el Buda», está siendo absolutamente *sincero* y está afirmando la Belleza última.

Y el último ajuste o encaje cultural es que «todos nosotros somos miembros de la comunidad del Espíritu». *Todos los seres sensibles* -y, de hecho, todos los holones- participan de la naturaleza del Buda, todos ellos tienen conciencia, profundidad, valor intrínseco y Espíritu. Es por ello que todos somos miembros de la asamblea de todos los seres, de la iglesia mística, del último «nosotros». Ésta es la última ética, la Verdad última.

El último «yo», el último «nosotros» y el último «ello», el Buda, el Sangha y el Dharma.

P: Éste es el motivo por el cual la comprensión de los cuatro cuadrantes, o del Gran Tres, resulta tan importante para entender el desarrollo espiritual superior.

KW: Sí, eso es lo que pienso. El Espíritu se manifiesta por igual en los cuatro cuadrantes y por ello los cuatro cuadrantes (o simplemente el Gran Tres) deben ser tenidos en cuenta para la actualización plena, completa e ininterrumpida del Espíritu.

P: ¿El Buda?

KW: Bien. Todavía no hemos hablado de los estadios superiores del cuadrante superior izquierdo pero el hecho es que en ellos van desplegándose estadios de conciencia más profundos o más elevados hasta el momento en que el «yo» individual descubre su identidad previa con el Espíritu, concíballo como lo conciba. Los budistas dirían que el yo individual descubre su naturaleza anterior como Vacuidad y que el yo aislado y alienado se relaja en el sustrato radicalmente abierto, vacío y transparente de toda manifestación. Los sufíes la denominan la Identidad Suprema, la identidad entre el alma y la Divinidad. En el Zen, por su parte, se habla del verdadero Yo, que es no-yo, de la ausencia de todo yo individual, de la Vacuidad primordial que es transparencia de toda forma.

No importa ahora la forma en que usted interprete esa Identidad Suprema porque, lo haga como lo haga, así es como funciona. El hecho es simplemente que el yo individual descubre un Trasfondo primordial e incalificable en el que intersecta con el sustrato del Kosmos. El «yo» último de todos y cada uno de los holones, de todos y cada uno de los seres sensibles, es no-yo, la naturaleza del Buda, la mente del Buda. El «yo» último es el Buda, ése es el cuadrante superior izquierdo.

P: ¿El Dharma?

KW: El Dharma se refiere al Espíritu como hecho objetivo, como un Estado de Cosas objetivo. El último «Ello» del Kosmos es el Dharma, la Verdad, la Mismidad, la Talidad, la Identidad Esencial de todos los holones, la Condición misma de todas las condiciones, la Naturaleza misma de todas las naturalezas, la Esidad misma de todos los holones, ése es el Dharma. La Verdad objetiva es que todos los holones, tal y como son, en su Esidad, son manifestaciones perfectas de la Vacuidad, del Espíritu. ¡Ésa es la última Verdad!

P: ¿Y el Sangha?

KW: *Sangha* significa reunión o comunidad, es el «nosotros» del Espíritu, en la terminología mística cristiana es la Iglesia, la

comunidad mística de Cristo. Ésta es la vertiente intersubjetiva de la realización, la cultura de lo Divino, el cuadrante inferior izquierdo.

El hecho es que, precisamente porque el Espíritu se manifiesta por igual en los cuatro cuadrantes, o en el Gran Tres, podemos describirlo *subjetivamente* como la mente de Buda, como el «yo» del Espíritu, como la Belleza; desde un punto de vista *objetivo* podemos describirlo como Dharma, como el «ello» del Espíritu, como la Verdad última, y *culturalmente* hablando podemos, por último, describirlo como Sangha, como el «nosotros» del Espíritu, como la Bondad última.

Los cuatro cuadrantes, o el Gran Tres, son facetas diferentes del Espíritu, aspectos distintos de la Vacuidad. Cuando la Vacuidad se manifiesta, lo hace como sujeto y como objeto, y cada uno de ellos puede ser singular o plural. Es así como aparecen los cuatro cuadrantes o, dicho de modo resumido, el Gran Tres. De modo que el Espíritu puede -y debe- ser descrito utilizando los tres lenguajes, el lenguaje del «yo», el lenguaje del «nosotros» y el lenguaje del «ello».

Y todos estos dominios están en proceso de desarrollo y evolución, lo cual significa que cada uno de ellos va desplegando cada vez más su naturaleza espiritual y, en consecuencia, la actualiza cada vez más. Y en las cumbres más elevadas de esta evolución, el «yo», el «nosotros» y el «ello» devienen transparentes a su auténtica naturaleza e irradian con mayor claridad la gloria del sustrato que son.

Y en esa conciencia radiante, todo «Yo» se convierte en Dios, todo «Nosotros» se transforma en la más sincera veneración a Dios y todo «Ello» se convierte en el templo más resplandeciente de Dios.